

luchas antiimperialistas reales y no meramente burocráticas o de gabinete.

El «foquismo» también demostró su eficacia en los amplios y empobrecidos sectores rurales de América Latina. El Che pierde su vida en Bolivia, pero el «foquismo» continúa vivo en Perú, en Colombia y, hasta hace poco, en Guatemala. Promoviendo la creación de un foco revolucionario en Bolivia, Guevara es ejecutado, pero le ganó la batalla política a las dictaduras latinoamericanas, que aterrorizadas por su ejemplo masacrarían a los pueblos de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Nicaragua, El Salvador y Panamá. Obviamente, nada de esto hubiera sido posible sin la ayuda incondicional del imperialismo norteamericano, verdadero y entusiasta interesado en eliminar a tantos Guevaras como se les ocurriera nacer: ¡recordemos a Chico Mendes!

BALANCE FINAL

Pensar al Che Guevara en nuestro tiempo no es hacer liturgia o labor teleologista. Se trata de un hombre que supo vivir como pensaba y sentía, y eso ya es decir demasiado en un mundo donde disfrazarse forma parte del ritual cotidiano de la mayoría de las personas. Sus tres legados esenciales siguen siendo pertinentes para continuar la lucha en América Latina, donde los problemas centrales que él quiso resolver continúan vigentes, tal vez hoy con más fuerza que nunca.

Un Che Guevara globalizado, de tennis y t-shirt, sólo es reconocible para los hombres y las mujeres de un siglo que ya se acostumbró a vivir sin esperanza. Recordarlo es precisamente recuperar ese sentido de la utopía, esa capacidad que todavía tienen los pueblos de América Latina, para soñar con que surjan tantos hombres y mujeres que den su vida para que los niños del mañana puedan sonreír sin hambre, sin desamparo y sin miedo.

NOTAS

1. MARTINEZ C., Leopoldo. *La intervención norteamericana en México. 1846-1848.* (México: Panorama Editorial. 1989) Pp. 7-24.
2. GALEANO, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina.* (México: Siglo XXI. 60a. edición. 1990) Pp. 338-436.
3. CHALIAND, Gérard. *Revolution in the Third World. Myths and prospects.* (Inglaterra: The Harvester Press. 1977) Pp. 17-24.
4. GUEVARA, Ernesto (El Ché). *EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE NUEVO* (México: Siglo XXI. 1977) Esta es una antología de textos. «Es la hora de sacudirnos el yugo, imponer la negociación de las deudas externas opresivas y obligar a los imperialistas a abandonar sus bases de agresión». P. 239.
5. MANDEL, Ernest. «El debate económico en Cuba durante el período 1963-1964». En GUEVARA, Ernesto (El Che). *Op. Cit.* Pp. 246-255.
6. *Idem. Loc. Cit.*
7. VUSKOVIC, Pedro y ELGUETA, Belarmino. *CHE GUEVARA EN EL PRESENTE DE AMERICA LATINA.* (Cuba: Casa de las Américas. 1987) Pp. 133-148.
8. LOWY, Michael. *EL PENSAMIENTO DEL CHE GUEVARA.* (México: Siglo XXI. 1972) Pp. 124-128.
9. CHALIAND, Gérard. *Op. Cit.* Pp. 39-67.
10. LOWY, Michael. «Che Guevara 1967-1997: L'été qui en s'étéint pas». *INPRECOR* (París, Invierno de 1997. Revista de la Cuarta Internacional).
11. HABEL, Janette. «Che Guevara: de l'éthique dans le combat politique». *INPRECOR* (París, Invierno de 1997. Revista de la Cuarta Internacional).
12. CASTANAEDA, Jorge. *LA VIDA EN ROJO. UNA BIOGRAFIA DEL CHE GUEVARA.* (México: Alfaguara. 1997) Pp. 477-499.
13. GUEVARA, Ernesto (El Che). *Op. Cit.* Pp. 3-17.
14. GARCIA-CANCLINI, Néstor. *CONSUMIDORES Y CIUDADANOS. CONFLICTOS MULTICULTURALES DE LA GLOBALIZACION.* (México: Grijalbo. 1995) Pp. 13-37.
15. GUEVARA, Ernesto (El Che). *Op. Cit.* P. 21.
16. WALLERNSTEIN, Immanuel. *EL CAPITALISMO HISTORICO.* (México: Siglo XXI. 1988) Pp. 36-64.



TOPICOS DEL HUMANISMO

Febrero de 1998

Nº 31

LA ÚLTIMA IDENTIDAD DEL CHE

Angel Ocampo

«...lo que me quede por decir y por hacer lo diré y lo haré siempre contigo a mi lado. Sólo así tendrá sentido seguir viviendo».

Julio Cortázar

«¡Saluden a papá! -ordenó el general Barrientos después de recibir una llamada internacional-. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El Che con las piernas destrazadas cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y en el corazón. Ya estaba muerto. Aunque prometieron recompensarme muy bien, únicamente recibí un reloj ordinario.»

Cuando el ejército de Bolivia celebró el pasado mes de octubre la victoria militar sobre la guerrilla encabezada por Ernesto Che Guevara, recordó que «papá» fue el código asignado con el fin de identificarlo como objetivo militar por capturar y matar. Lo más obvio que revela la procax y ridícula celebración es propia de la historia de todos los ejércitos latinoamericanos: historia oficial clara, y en este caso, más que historia militar, cuentos que se construyen para reconocerse y afirmarse vanamente (ideología en su peor sentido). Las victorias que suelen celebrar los ejércitos latinoamericanos son tan mezquinas que nunca han tenido mayor escrúpulo en tomar ufanos, aplastamientos de manifestaciones juveniles, represión de abuelas y madres de desaparecidos, violación de mujeres indefensas, asesinato de monjas y sacerdotes, en «grandes victorias» de las «Gloriosas Fuerzas Armadas» en defensa de la «Patria»; celebraciones ridículas y crueles que, sin embargo, logran borrar de su memoria todas las derrotas que, en su ineptitud, corrupción, y en no pocos casos, cobardía, han sido incapaces de evitar; al no poder registrar una victoria en la defensa de su gente, se vanaglorian y solazan en pingües victorias militares en contra de su propio pueblo; tragedia convertida en farra.

El caso del ejército boliviano, tan sólo merece la pena mencionarlo, para contrastar la moral militar que inunda los cuarteles, con la estatura moral de Ernesto Che Guevara y sus compañeros. El diario *Presencia* (La Paz: julio 13 de 1997, p. 3) basado en documentos y testimonios recopilados en algunas biografías y crónicas, informó de la conducta de los militares que estuvieron cerca en los momentos de la ejecución del Che, en los siguientes términos:

«...Selich se apoderó de las pertenencias de los guerrilleros. Las más valiosas... se distribuyeron entre los oficiales de acuerdo con la jerarquía: 4 Rolex, 1 pistola alemana calibre 45, 1 daga Solingen, 2 pipas, 1 altímetro y otros objetos. Entre los oficiales repartió los dólares..., con el compromiso de no reportarlo..., pues si ese dinero llegaba a manos de Zenteno Anaya y Arnaldo Saucedo (...coroneles a cargo...), se quedaban con él.../ En el momento de la distribución, apareció el soldado Franklin Gutiérrez Loza y exigió su parte. Selich le entregó 2.000 pesos y 100 dólares para que mantuviera silencio. Sin embargo..., disgustado por lo que recibió, los denunció... Selich se quedó además con el moral del Che, varios rollos fotográficos, y una libreta de color verde, en la cual el Guerrillero Heroico escribió con su letra varios poemas... Posteriormente, la libreta se la entregaron al mayor Jaime Niño de Guzmán.»

Pertenencias todas, que convertidas en botín de guerra, los militares supieron convertirlas luego en buen dinero.

No obstante, ahora interesa resaltar la calidad de la denominación con la que los militares identificaron al Che; ni siquiera padre sino «papá». No autoridad sino protección y acompañante. Liquidado ese que identificaron como papá, en cumplimiento de la orden político-militar, la orfandad se presenta como soledad, abandono y exclusión. La campesina indígena Virgilia Cabrita, encarna emblemáticamente tal orfandad; acompañó al Che en Bolivia y en diciembre último, con 42 años y la salud deteriorada, murió en una pobreza que, junto a un padre alcohólico, hereda a sus hijos aún niños: abandono por los cuatro costados.

Pero, ¿quién era realmente el Che? Ha sido esta una pregunta que las nuevas generaciones se han formulado a raíz del traslado de sus restos en el 30 aniversario de su ejecución; quienes se suponían debieron contestar la pregunta, se vieron obligados a formularse a sí mismos.

La historia oficial suele ser mezquina con las luchas y acciones de humanidad que no provengan de sus predios o defiendan sus privilegios. Todos las luchas y luchadores han sido valorados como delincuencia y delinquentes. Quizá por eso el historiador Eric Hobsbawm sugiere que, en las investigaciones del pasado, es preciso estar alerta a lo que la historia oficial registra como delincuencia.

Así, para limitarse a la región latinoamericana, se puede advertir que el desaparecido imperio español trató a Simón Bolívar y a José Martí como delinquentes; para la oligarquía mejicana de inicios de siglo, Pancho Villa sólo fue un cuatrero, violador de mujeres y asaltabancos; Emiliano Zapata, otro ladrón violador de mujeres; igual suerte corrieron Augusto César Sandino y Farabundo Martí, a quienes calificaron de matacuras, raptamujeres y asesinos de niños; igual valoración aplicaron a Manuel Rodríguez, Julián Grimau y Túpac Amaru en Suramérica, y a Garabito, Pablo Presbere,

Lempira y Tecún Umán en Centroamérica. Pues bien, no podía esperarse que el Che saliera incólume de tales valoraciones mezquinas y ruines; quizá no lo vayan a creer, pero en el clímax del odio y sólo por mencionar un ejemplo, al Che se le acusó, y algunos aún le acusan, de haber practicado la antropofagia con niños; único remedio para aliviar el asma (remedio hartamente conocido, claro, por todo aquel que se dedique seriamente al estudio de la medicina).

Guerra de guerrilla quizás, guerra popular puede ser, violencia parece que sí; cada denominación y concepto intenta resumir el eje central de los aportes de Ernesto Guevara en el mismo sentido. No obstante, es viable retomar otros temas guevarianos que, sin desligarlos o contradecir su eje categorial central, son relevantes y vigentes. Tal vez de esta manera se advierta una reflexión más que vigente, urgente. No es difícil percatarse que el guevarismo no se encuentra esencialmente ligado con la violencia armada, pues esta fue una imposición de la coyuntura histórica dada a Guevara y que él asumió; caminó, exploró y desarrolló intensamente el momento dado que lo hacía objeto intentando revertirlo y tornarse a sí mismo, sujeto².

«Ante todo hay que precisar que esta modalidad de lucha es un método; un método para lograr un fin. Ese fin indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político. Por tanto, en los análisis de las situaciones específicas de los distintos países de América, debe emplearse el concepto de guerrilla reducido a la simple categoría de método de lucha para lograr ese fin» (énfasis agregado).

No es únicamente que la guerrilla armada y militar sea un medio o modalidad viable en un momento dado para la obtención de un fin político, sino además, y sobre todo, que 'guerrilla' es un concepto que tornado en categoría, brinda un método (estrategia y espiritualidad) para cualquier esfera; para la consecución del fin inevitablemente político: conquistar poder; el maestro, el sindicalista, el investigador académico, el médico, el campesino, el abogado, y por qué no, el sacerdote, pueden y proponen Guevara, deben ser 'guerrilleros': luchadores sociales. Tal estrategia se puede sintetizar como el constante esfuerzo de los debilitados por autoconstruirse con los otros. Un esfuerzo además, ascético y disciplinado.

«Muerde y huye, espera, acecha, vuelve a morder y a huir y así sucesivamente, sin dar descanso al enemigo».

Evidenciar, por tanto, que el poder no ha triunfado; desmoralizarlo y desgastarlo hasta producir una situación tal en la que el «Leviatán» se encuentre acosado; frente a seres indómitos y libres, ese poder está aislado, obsoleto y derrotado. Abre así, a la conciencia, la necesidad de su liberación junto a la posibilidad de su triunfo. Año sin esclavos es un desecho institucional: vencido y olvidado.

Si el poder es una condición a conquistar para todos, en el límite, es ante todo poder de sí y sobre sí mismo. Este poder así entendido implica destrucción del poder exterior; deviene así, en triunfo en la construcción de la propia libertad de los debilitados: sujetos.

Justamente, hacer objeto de análisis a un sujeto en proceso, reviste una particularidad relevante. Un análisis metodológico apropiado requiere abordar el objeto desde su propio interior; él mismo reclama el modo cómo debe abordarse. Y si hay una figura histórica que no permite ser analizada unilateralmente -pensamiento y práctica, independientemente de su época histórica-, ese es sin duda el Che. El testimonio de autenticidad que ofreció, es el obstáculo a todo abordaje unilateral. Quienes desprecian profundamente lo que el Che representa, al verse imposibilitados de negar tal cualidad, han tomado el camino de despreciar la autenticidad misma como un valor o virtud. Sin embargo, es probable que tal rasgo pueda ser una clave interpretativa altamente relevante para, desde ahí, advertir su percepción de la condición humana.

Cuando a Jean Paul Sartre le llega la noticia de la ejecución del Che, declara... murió el hombre más auténtico del siglo XX. El filósofo inglés Bertrand Russell se refirió a él como... el hombre más grande de nuestro tiempo. El papa Karol Wojtila, declaró su admiración al desprendimiento auténtico del Che hacia los pobres; autenticidad y radicalidad son valores, también ha manifestado el Papa, profundamente cristianos. El mismo Guevara mismo se autorreconoció como...

«un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones».

El poeta argentino Ezequiel Martínez Estrada, después de entrevistar al «argentino que ya es americano más que cubano» manifestó recurrentemente,

«Oigo a un hombre de inédita sinceridad, llano y transparente... (en quien)... la palabra engarza perfectamente en la persona... vive de nuevo una vida que no le pertenece».

Frente a cada dilema al que lo enfrentó la vida, siempre optó tratando de rescatar, en un sólo momento y no siempre triunfante y con total claridad, a cada ser humano en su estatura: la propia y de los otros (que es lo mismo).

«Guevara en un símbolo en su persona y en su vida;

representa al hombre liberado tanto como al libertador».

De esta manera es como lo advierte y expresa Martínez Estrada; el Che es un proceso por hacerse sujeto y crear su propia identidad, en la que los otros y él mismo se encuentran: al liberarse es libertador de los otros y, al liberar a los otros se libera a sí mismo. El Che lo supo y así lo expresó.

«Esto es lo mío. La lucha por un pueblo que quiere ser libre».

La falsa dicotomía entre altruismo y egoísmo queda destrozada. Es propio (mío) la lucha por los otros. El Yo se construye con los otros, y los otros se construyen en el propio Yo. Esta es la espiritualidad (eticidad) testimoniada -no ensimismada- por el Che. El poeta Ezequiel Martínez, de nuevo, percibe esta unidad y lo expresa así,

«Che Guevara le llama el pueblo que ignora que en guaraní quiere decir «mi» Guevara. Es del pueblo, efectivamente, y se ha recuperado entregándose a él».

Uno de tantos dilemas concretos a los que se vio enfrentado, en sus propias palabras, testimonia, una vez más el constante esfuerzo de autoconstrucción con los otros.

«Quizá esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas...».

En este proceso ya no hay origen ni fin, sólo un sendero: construcción de su identidad. Posiblemente el Che no lo advierte claramente: «No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas». Por ello, algunos años después, al llegar a Bolivia, escribió en su diario,

«Mi pelo está creciendo, aunque muy ralo y las canas se vuelven rubias y comienzan a desaparecer; me nace la barba. Dentro de un par de meses volveré a ser yo».

¿Volver a ser quién?, ¿quién es ese yo?, ¿el guerrillero barbado? Pero ese no es el Yo original. Claro, pero de eso no se trata -no hay vuelta atrás en la identidad- sino, de asumir el momento, ahora posicionado en su identidad; ese es el Yo original y auténtico.

«...el guerrillero, que es general de sí mismo, no debe morir en cada batalla; ...está dispuesto a morir, no por defender un ideal sino por convertirlo en realidad».

La conformación de la identidad sólo es verdadera cuando es consciente y no enajenada; propia y no ajena. Por ello, en un nivel más elevado de su reflexión, advierte de manera más precisa, que no todo proceso de construcción resulta igual; auténtico es aquel que logra realizar humanidad sin sacrificio (no defensa de un ideal sino realización); en ese momento se libera. El sacrificio se encuentra ligado con la enajenación, no con la constitución del yo auténtico, debe leerse por tanto, esfuerzo, pese al término sacrificio que el Che utiliza.

«Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos».

Así, la conciencia construida en este esfuerzo por hacerse libre, resulta pues, conciencia auténtica; conciencia de la propia humanidad que, al no oponerse a los otros, destruye la dicotomía egoísmo-altruismo, y en esa medida, aniquila el sacrificio con el arma de la autenticidad. No es de extrañar la insistencia en la necesidad del estudio, en el papel de la voluntad para crear las condiciones sociales liberadoras, y en la moral; sin conciencia no hay liberación y sin acción liberadora no habrá conciencia auténtica. La autenticidad está altamente ligada con la honestidad, la recuperación para la conciencia de la vida humana propia, alejada de la enajenación y, en definitiva, en autoconstrucción de su propia identidad, en cuyo proceso, la radicalidad, es decir, la recuperación de su identidad, se presenta como condición necesaria.

Así como el Fausto de Goethe intenta siempre «hacerse» sin lograrlo, y en esa medida sin embargo, se realiza en el intento mismo, el Che se libera en su testimonio de autoproducirse y hacerse responsable. En ese proceso asume diversas identidades y se conforma diversamente hasta el momento de su muerte. Pasó de viajero errante a médico y de ahí a guerrillero; luego a economista, estadista, y otros lo llamaron libertador; el ejército finalmente, lo identifica como papá con el fin de localizarlo y matarlo. No comete parricidio, no obstante, pues no lo mata como padre sino como papá; el patriarcalismo queda incólume y se fortalece: pierde su carácter protector. Ahora queda el poder sin más: autoridad pura, sin seres humanos. El relato del suboficial Mario Terán, a quien se le ordenó matar al Che, expresa ese asesinato del «papá», mas no del «padre».

«Cuando llegué al aula el Che estaba sentado en un banco. Al verme dijo: Usted ha venido a matarme. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: ¿Qué han dicho los otros? Le respondí que no habían dicho nada y entonces él me comentó: ¡Eran unos valientes! Yo no me atrevía a disparar. En ese

CHE GUEVARA, CAPITAN DEL PUEBLO

Ezequiel Martínez Estrada

momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se me echaba encima y cuando me miró fijamente me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. ¡Póngase sereno -me dijo- y apunte bien! ¡Va usted a matar a un hombre!» (énfasis agregado).

No pidió perdón, ni intentó excusarse. Terán mató, en efecto, a un ser humano; a un hombre que vivió en autoconstrucción, entrega y desprendimiento hacia los victimizados. Un intento no logrado totalmente pero vigente; Bolivia se lo había mostrado.

«Esta revolución fracasará si no logra sacudir el aislamiento espiritual de los indígenas, si no consigue tocarlos en lo más profundo, conmoverlos hasta los huesos, devolverles la estatura de seres humanos. Si no, ¿para qué?» (énfasis agregado).

Si no logra producirlos y transformarlos como seres humanos para qué revolución. Revolución es pues, el conjunto y la organización de acciones conscientes que finalmente producen humanidad; en esa medida se ve enfrentada y en lucha contra las reificaciones, fetichizaciones y anulaciones de su realización como ser humano. La revolución resulta así, en esta concepción, el esfuerzo constante por anular lo inhumano y construir humanidad en la historia. Un proceso que no otorgue estatura de ser humano, no es revolucionario aunque mucho se pretenda. Así, revolución es dignificación de los seres humanos negados (aislados espiritualmente), y en esa medida y en el mismo instante, es humanización de todos.

De esta manera, el Che acompaña, está, y es, cada una de las luchas por la dignificación de todos los seres humanos. Guevara vive por ello, en las luchas de los indígenas de Chiapas por dignificarse y otorgarse «estatura de seres humanos»: Zapata y el Che se funden en esa lucha como dos momentos diferenciados del mismo proceso.

Al final es identificado como «papá» por quienes, cual Edipo, sin saberlo, liquidan a quien los portaba a ellos y su posibilidad de liberación. Acompaña en la construcción de la familia universal; así lo siente Martínez Estrada.

«Che Guevara me transmite la sensación de que también yo puedo hacer algo por mis hermanos y mis hijos desconocidos donde quiera que me lleve el destino».

Al final, la última identidad que Guevara asume, ya está expresada epistolarmente a su hija: lo más importante está por hacerse, y él, como papá-a diferencia de los militares que ávidos de apropiación se presentaron como merecedores de alguna jugosa recompensa por tan precaria proeza-, apenas ha hecho un humilde intento de brindarle a ella, su hija, un mundo mejor, sin más recompensa que la realización de ese mundo. Por eso, finalmente, al autovalorarse, el Che declara:

«No es que sea gran cosa pero algo hago».

NOTAS

1. El ejército boliviano, sólo como ejemplo, penetrado de narcotraficantes, contrabandistas, derrotado en todas las guerras e incapaz de defender a su territorio en escaramuzas impuestas contra otros ejércitos igualmente ridículos, celebra ahora la victoria sobre un puñado de hombres mal armados, poco preparados en las artes militares, peor nutridos y, para rematar, comandados por un asmático sin medicamentos; ellos, por su parte, asesorados y avituallados por el ejército más poderoso del planeta. Así y todo, intentan autoconvencerse de su propio valor y arrojo demostrado al derrotar la «invasión cubana». Mezquindades del poder quizá, pero de un poder más que decadente, ridículo.

2. Guevara nace y vive en una región plagada por la violencia de múltiples formas; tortura, hambre y represión, fueron la cotidianeidad de las minas y plantaciones a lo largo del Caribe, Centro y Suramérica. Ante ello, preguntó y respondió Guevara «¿Qué hacer? Nosotros contestamos: la violencia no es patrimonio de los explotadores, la pueden usar los explotados y, más aún la deben usar en este momento» (énfasis agregado). Ello significó hacerle la guerra a las causas de esa guerra: la violencia originaria (imposición de un orden social basado en la pauperización de las mayorías que, al rechazar activamente dichas condiciones, convocan sobre sí a la represión de parte de un orden dispuesto a perpetuarse a cualquier costo; anular los esfuerzos sociales de los que no aceptan resignadamente el establecimiento de ese orden que los victimiza, es en consecuencia, la guerra que pretende mantener la violencia originaria). Esto significa que nunca valoró la guerra por la guerra misma; como una necesidad en sí misma. No obstante, no trató de destruir a la condición humana que torna imposible la paz perpetua, es decir, destruir todas las guerras futuras posibles, sino solamente se planteó una guerra muy específica: contra las condiciones concretas que negaban y continúan negando la posibilidad de producción del ser humano en América Latina; acción testimonial latinoamericana, y de ahí, universal.

Fui a escuchar al comandante Guevara en la plaza Cadenas de la Universidad de La Habana. Hablaría sobre *El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba*, tópico que coincidía con el principal objeto de mi viaje a ese país. Empero, más me acució, determinándome a afrontar la posibilidad de permanecer en pie varias horas, al interés de observar y estudiar a este prócer de la Revolución, sobre quien se ha formado una leyenda. Esta excelente posibilidad para explicarme en alguna forma el hecho, perceptible desde mi llegada a Cuba, de que el movimiento popular de liberación está vigorizado por un élan religioso. Yo lo he sentido así y declaro que no me noto capaz de explicarlo por simple razonamiento sin acudir a un lenguaje que no me es extraño aunque tampoco agradable. Un lenguaje alegórico.

Al presentarse en público iluminado por concentrados focos de luz, la asamblea prorrumpió en un aplauso efusivo que evidenció el fervor que Guevara ha despertado en los jóvenes. Lo escuché con intensa atención, en actitud crítica, para captar en sus palabras y en sus gestos lo que pudiera haber de escénico, ya que la prensa asalariada lo presenta, lo mismo que a Fidel Castro, como a un mistagogo demagógico. Tengo alguna experiencia en esa clase de histriones de la democracia, producto aborigen de nuestras tierras, y cierta pericia de sus artilugios. Mi posición era, pues, de simpatía desconfiada.

Habló con elocución tranquila sin ademanes ni patetismos en la inflexión de la voz, sin énfasis ni recursos oratorios. Habló con dominio del tema y con seguridad de sí. No se dirigió a un auditorio sino a una familia numerosa; llano, con dignidad. Dijo primeramente cuál era la situación de las industrias nacionales, mantenidas en estado de dependencia con respecto a la producción primaria de azúcar, tal como conviene que sea a los países capitalistas que así estancaron a Cuba en condición de país subdesarrollado. Se refirió asimismo a la falta de técnicos para desarrollar otras actividades que esas del monocultivo, sobre cuyas bases iniciar la liberación del mercado fabril extranjero, y entró en el tema de la función que tuvo la Universidad con respecto a las necesidades de la nación y el pueblo, y de cuál ha sido el provecho que ambos obtuvieron de la enseñanza que a los egresados costó el erario público. Declaró la necesidad urgente de coordinar esa enseñanza universitaria de los tres institutos nacionales con la acción del gobierno revolucionario, empeñado en colocarla al nivel de otras actitudes sociales que se le van adelantando.

Pronto lo escuché con unción más que curiosidad, lo confieso, y lo admiré en su actitud de tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio. La palabra engarza perfectamente en la persona; por lo que dice se sabe lo que es. Exteriormente su figura es la de un personaje bíblico que viste uniforme de fajinas en vez de túnica; el cabello y la barba intensos encuadrándole un rostro de adolescente fatigado, los hombros altos y el torso aplanado, sin ninguna robustez corporal, y sin embargo, resistente y poseedor de fuerza comunicativa, de dominio sobre los demás. En todo da la impresión de poder más que de fuerza.

He leído después su discurso y he advertido que la fría letra impresa conservaba el influjo suasorio de su voz y que, efectivamente, como él lo dijo con simple convicción, los dirigentes del movimiento revolucionario «son, sin discusión de ninguna clase, los líderes del pueblo» y que «representan para los amos poderosos todo lo que hay de absurdo, de negativo, de irreverente y de convulso en esta América que ellos desprecian, pero que representan, por otro lado, para la gran masa del pueblo americano (del americano nuestro, del que empieza al sur del río Bravo) todo lo que hay de noble, todo lo que hay de sincero y combativo en estos pueblos llamados despectivamente «mestizos». Verdad fundamental, inciso de un credo efectivamente revolucionario expresado en pocas palabras, pues desprecio tanto como codicia es lo que hay en los dominadores de los indefensos. En la voz de este hombre resuena otra voz más fuerte que habla por su boca, y esto es lo que indigna a los que usan de la palabra para embaucar y difamar. La voz del pueblo -*vox Dei*- pocas veces se oye sino por altoparlantes estridentes, y entonces no es la voz de Dios sino de los megáfonos. ¿Cómo no comprender que la Revolución Cubana es la de los Macabeos, y que renueva el lema de su caudillo, de que «quien combate a los tiranos sirve a Dios»? Si han llevado consigo, no tras de sí como los jefes de regimiento, a poblaciones enteras que abandonaron sus hogares por un albur dudoso en que la muerte era lo cierto; si hombres, mujeres y hasta niños han combatido, afrontando los más crueles sacrificios y penalidades, es porque ese pueblo enfervorizado posee la fe que puede trasladar montañas, meter la montaña en la ciudad, como lo han demostrado los hombres y los hechos increíbles.

Guevara es testimonio de que estamos en presencia de hechos y de seres nuevos, que se apartan de los caminos de recua (pavimentados por supuesto) y abren una brecha en el monte por donde iban los esclavos fugitivos y los animales acosados. Hechos y seres que revelan a los ojos más escépticos la existencia de un carisma histórico, cualquiera que sea el nombre que se le dé, cualquiera sea la fórmula con que se le exprese. Este argentino que es ya americano más que cubano, ha encontrado lejos de su patria, como Jonás, la patria en que cumplir con gran deber de humanidad. Aquella noche nos dio la explicación, al referirse a la vocación como impulso de liberación en busca de sí en quien está cautivo. (El se refirió a la vocación, sin darle el sentido que para mí tiene de destino). Su profesión es la de devolver la salud y defender la vida de los

demás; y esto es lo que no constituyó en él una profesión sino un destino, al proyectarse en dimensiones continentales. Un saber terapéutico personal se convirtió en una potestad salúfera mundial. Así Albert Schweiter.

Me preguntaba yo oyéndolo: «¿Por qué este cubano tan auténtico, este peregrino no habla mi lenguaje de hombre que todavía está retenido por cadenas impalpables; por qué todos los cubanos saben que, positivamente, nació en Cuba? Comprendo que se le obedece y se le ame como a quien dejó patria y familia para unirse a los suyos, a quien de lejanas tierras vino para cumplir un deber humano tan grande como era el de redimir una de las naciones más castigadas de la familia hispánica. Aquí estaba su patria porque aquí estaba su deber. Nuestra patria está donde es necesario que estemos, nuestros hermanos están donde los encontremos esperándonos. Cuba es el hogar de los desterrados, la casa solariega de los huérfanos.

Guevara es un símbolo en persona y en su vida; representa al hombre liberado tanto como el libertador. Nos enseña que antes que nada debemos liberarnos de nosotros mismos y servir a un ideal y no a un dogma. Hombres así (me dicen que nacieron y se multiplicaron en la guerra) retrotraen la historia industrial a la historia humana; de la noción de la guerra entre naciones venales que defienden intereses mercenarios saltamos a la mitología, a la guerra de los ángeles contra los demonios, de la luz contra las tinieblas, a la concepción de «la historia como hazaña de la libertad» (Croce). ¿No fueron derrotados tácticos de escuela y ejércitos motorizados por la fe y la voluntad de vencer al mal? El lema de la bandera victoriosa, ¿no era «vergüenza contra dinero»? *In hoc signo vinces*. ¿Qué intereses defendían los labradores, los nietos de los esclavos de las plantaciones de caña, sino alcanzar para ellos y sus hijos, y para nosotros, una vida honrada de paz y bienestar? ¿Es que están vencidos hoy, cuando se les encienden implacablemente los cañaverales, o es que están matándose entre sí de rabia, como alacranes con picadura? ¿No se ha realizado el prodigio de un pueblo entero que se levanta de su abatimiento y mira a sus enemigos con altivez y dignidad? ¿Con quiénes estamos nosotros?

Nunca hasta los días más trágicos que viví en Cuba, entendí sino como blasfemia que se llamara santo al «señor Dios de los ejércitos»; pero lo comprendí al contemplar la humildad llena de fuerza de un capitán del pueblo que es su tropa. Asediado por atentados y sabotajes comprendí que se está librando en el mundo la batalla contra los falsos ídolos; la de los pueblos irredentos contra los déspotas satánicos que mienten y asesinan. Así debieron ser los patriarcas, los jueces y los caudillos. Así los profetas, así los héroes de la independencia americana antes de engalanarse con entorchados y charreteras.

Este hombre pálido, de semblante doliente, que abandonó las filas de la marina para alistarse en las falanges del pueblo, con los campesinos y obreros contra los militares corrompidos, dejó el uniforme de los mercaderes de la patria para combatir por los débiles y los vencidos, transformándolos en poderosos y triunfantes.

Ha sido para mí, cansado y lejos de la patria, un bien reconstituyente platicar más tarde con a quien puedo también yo nombrar Che Guevara. ¿De qué conversamos? De Argentina, de personas, lugares y cosas que ambos conocimos y que están donde estaban. Los dos conservamos de allá una bandera no mancillada que podemos desplegar en cualquier parte. Che Guevara me transmite la sensación de que también yo puedo hacer algo por mis hermanos y mis hijos desconocidos dondequiera que me lleve el destino.

El escritorio está atestado de papeles; sobre una mesita hay un mate con bombilla, especie de amuleto que únicamente conmueve a los iniciados. Rubén Darío le llamó «calumet de la paz», porque se bebe en común. Es símbolo de la amistad. El mate, que indefectiblemente nos acompaña cuando hemos partido, es lo último que conserva para el paladar el sabor de la tierra nativa. Nos reconocemos sin habernos conocido. Dialogamos como si bebiéramos mate. No hay ningún desnivel entre su altura y mi pequeñez. Estamos juntos, codo con codo, platicando de igual a igual, pues la condición humana oblitera a todas las otras. En su compañía descanso. Insensiblemente el diálogo toma cariz confidencial y sin advertirlo nos hallamos cambiándonos recuerdos como prendas de amistad. Oigo a un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. Guevara olvidó cuánto aprendió y sabe y vive de nuevo una vida que no le pertenece. Ojalá pueda hacer yo lo mismo.

Che Guevara le llama el pueblo que ignora que en guaraní quiere decir «mi» Guevara. Es del pueblo, efectivamente, y se ha recuperado entregándose a él. Huyendo, como Jonás, ha cumplido un deber imperativo. La mano que lo conduce es visible en el camino que anda.

Me ayuda a incorporarme y paternalmente, él que puede ser mi hijo, me conduce del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar. Así nos despedimos y no nos separamos. Lo miro fijo para no olvidarlo; abarco toda su faz de Judas Macabeo, y siento en mi brazo una energía que me hace sentirme más libre y más resuelto. Comprendo que debo contar, lo mejor que pueda y en la forma más fiel, lo que me ha sido revelado. Cumpliré ese deber hasta el fin. Le digo: «En sus manos hay muchas vidas, y también usted está en otras manos». Las manos del buen Dios, a quienes sirven, supiéndolo o no, cuantos combaten a los tiranos.

TRES LEGADOS DEL CHE GUEVARA

Rodrigo Quesada Monge

«Vivir es darse, crear y se dio».
Eduardo Galeano. *Memoria del fuego. III. El siglo del viento*.
(México; Siglo XXI eds. 1986) P. 238.

PRESENTACION

Ernesto Guevara de la Serna (1928-1967) con su muerte es motivo de inspiración para muchos. Pero, como es frecuente en estos casos, a veces no sabemos por qué. Tal ha sido la magnitud mitológica que adquirió durante los últimos treinta años la figura de este hombre noble y generoso que fue Ernesto, el Che Guevara. ¿Será cierto que el mito terminó engulléndose a la persona?

En esta ocasión, creemos que es conveniente recordar y reflexionar sobre tres de las grandes lecciones que nos dio y dejó el Che Guevara con su vida ejemplar. Se trata de una enseñanza teórica, de otra moral y de una muy práctica como veremos. Las tres tan bien imbricadas que sólo podemos pensar en todo lo armoniosa que fue la vida del Che. Un hombre completo: nada le faltaba, ni nada le sobraba.

1. El Che Guevara nos enriqueció y mejoró notablemente la teoría del imperialismo en América Latina. A caballo sobre la herencia de Simón Bolívar, de José Martí, Augusto César Sandino, Farabundo Martí, y muchos otros grandes luchadores en América Latina, Guevara nos amplió con su ideario muy personal esa luminosa tradición antiimperialista latinoamericana.
2. EL HOMBRE NUEVO que proponía Guevara, representaba una totalidad moral decisiva para los nuevos proyectos políticos que se anunciaban en América Latina con la Revolución Cubana.
3. La vía armada con el Che, adquirió toda su verdadera potencia y demostró también sus serias limitaciones.

De estos tres asuntos pensamos escribir en este ensayo.

IMPERIALISMO Y ANTIIMPERIALISMO EN EL PENSAMIENTO DEL CHE GUEVARA

Si algo nos enseñó Ernesto Guevara es cómo se practica el antiimperialismo en América Latina. Pero para ello, era necesario estar muy bien informado sobre las aspiraciones y los proyectos del imperialismo.

Guevara conocía a la perfección el amplio rango de las acciones del imperialismo norteamericano. Y como buen leninista siempre buscó contrastar a la teoría con los efectos de la realidad. Esta finalmente lo frustraría, pero nos heredó con ello una lección de extraordinaria utilidad: las posibilidades y limitaciones de la teoría vienen definidas por los caprichos de nuestro mal o buen entendimiento de la realidad.

No era posible en esas condiciones hacer buen antiimperialismo, si el imperialismo con frecuencia demostraba que tenía un violentísimo control de la realidad latinoamericana. Puesto que, casi desde 1817, cuando los problemas con México se inician, los Estados Unidos nunca habían dejado de imaginar una América totalmente unida, sujeta a su intransigente manipulación política y militar.

Para el Che Guevara entonces, sólo había un enemigo: el Imperialismo Norteamericano. Ahora bien, pudieron presentarse diferencias de mucho calibre con la dirigencia de la Revolución Cubana, respecto de la mejor estrategia por seguir para combatirlo, pero el objetivo estaba muy claro: la voracidad del capitalismo de los Estados Unidos era tal que, no era razonable enfrentarlo solamente en el nivel militar, sino también que había que dar la lucha en varios otros frentes al mismo tiempo; ese era el caso con la forma en que se enfrentarían el chantaje y la deshumanización que estaban sufriendo los latinoamericanos casi desde la inserción histórica misma de la idea de América. Junto a la respuesta militar, tendría que darse también una respuesta cultural y económico-social.

Estaba claro para el Che que el imperialismo apuntalaba una forma de practicar el capitalismo que dejaba esencialmente sin protagonismo a los pueblos de América Latina². Y el Imperialismo Norteamericano había llevado hasta sus últimas consecuencias esta situación. El escenario que los Estados Unidos lograron levantar en el mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, hacía un triste honor a las intuiciones teóricas de Smith, Ricardo o Marx. (Ellos nunca imaginaron un poder capitalista de esas dimensiones). En este sentido, la Guerra Fría vino a ser únicamente una excusa. El totalitarismo soviético fue demasiado conservador la mayor parte del tiempo en que estuvo vivo, y con frecuencia entró en serios desacuerdos con los líderes de las revoluciones poscoloniales³.

Cohibido por ambos lados (por un imperialismo norteamericano feroz e implacable, y por una maquinaria socialista soviética tibia y temerosa de las fuerzas que podría desatar en el Tercer Mundo), el Che Guevara se dejó seducir por un antiimperialismo que tenía mucho de Mao pero más de Bolívar, mucho de Lenin pero más de Martí, mucho de Marx pero más de Fidel.

El imperialismo para el Che Guevara es sobre todo un capitalismo que no da tregua en la explotación y humillación de los pueblos pobres del planeta. Su antiimperialismo entonces está en relación directa con esa postura. Sólo se puede hacer antiimperialismo cuando se aspira a erradicar la pobreza que trae consigo el capitalismo. No se hace antiimperialismo «dignificando» la pobreza. Y esta sólo puede arrancarse de raíz con la instalación del socialismo. De tal forma que la única manera de combatir al imperialismo es con el ideario socialista. Un ideario socialista que se construirá con la violencia armada de los pobres⁴.

Hay un tratamiento sobre todo político del problema del imperialismo en las ideas del Che Guevara. Las razones y explicaciones económicas, o eminentemente teóricas del mismo asunto no están muy bien elaboradas⁵. Resulta que las lecturas del Che, así como la mayor parte de sus escritos, no están articulados con propiedad a un proyecto teórico. El Che es en esencia un hombre práctico, y su cultura política, así como su aprendizaje de las ciencias sociales, fueron adquiridos en la brega de la lucha guerrillera. Lee, escribe y estudia con un fusil al hombro. Por eso su antiimperialismo a veces pareciera deberle poco a mucha gente⁶.

El Che Guevara era de los que creía que el imperialismo no estaba configurado sólo de expansionismo colonialista. Generalmente quien tiene poca educación histórica o económica, tiende a confundir con mucha facilidad imperialismo con colonialismo. Y una de las tres profesiones del Che Guevara, como dicen algunos escritores cubanos, después de la de médico y guerrillero, era la de economista⁷.

Pero fue la Revolución Cubana precisamente la que obligó al Che a invertir largas y agotadoras jornadas de estudio sobre economía política. Guevara llega entonces al

pensamiento antiimperialista por la vía más dura, por medio de la lucha guerrillera y de una formación política diseñada en las selvas de América Latina y África. Sin duda entonces, este tipo de antiimperialismo no sigue muy de cerca a los grandes textos de Hobson, Lenin, Luxemburgo, Sternberg, Bukharin, Grossmann y otros del mismo estilo⁸.

El antiimperialismo de Guevara reposa más en la fiera tradición latinoamericanista, que tiene en Bolívar y Martí a dos de sus más grandes representantes. El salto hacia las ideas de Franz Fanon⁹ fue fácil en esas condiciones, porque el antiimperialismo del ilustre luchador argelino, tiene un decisivo componente étnico que a Guevara no se le podía escapar.

De esta manera nos resulta muy sencillo sostener que Guevara tendió un puente indestructible entre antiimperialismo e internacionalismo. Con dificultad a partir de sus enseñanzas, podremos olvidarnos de que a los pueblos pobres no sólo los liga la explotación, sino también componentes étnicos y culturales ineludibles.

Su lucha en Guatemala, el Congo, Cuba y Bolivia, harían del Che uno de los pensadores antiimperialistas más consecuentes de que se tenga memoria en la historia política reciente de América Latina¹⁰. Con Mariátegui y Fidel en sus flancos, el Che pudo ver más allá de la rigidez stalinista. Y por ello comprendió con supina claridad que el «socialismo en un solo país» era una promesa que no conduciría a ninguna parte. A no ser a la debacle de la que hemos sido testigos en años recientes.

En la historia de las revoluciones, concebidas como épocas, y no simplemente como ciclos, o espasmos coyunturales, siempre existió la necesidad de parte de algunos intelectuales y políticos de llevar estas experiencias a otras latitudes. La Revolución Francesa tuvo a Napoleón para ello. Trotsky jugó un papel similar en el caso de la Revolución Rusa. El Che Guevara quiso llevar también su internacionalismo hasta sus últimas consecuencias. Y lo logró. Pero siempre el imperialismo intentó oponer todo tipo de obstáculos a estos capítulos revolucionarios. Eso fue Waterloo y el Congreso de Viena para Napoleón. Eso fue México para Trotsky. Lo mismo Bolivia para el Che.

Finalmente, nunca acabaremos de comprender por qué los triunfos parciales y transitorios del imperialismo alguna gente los asume como inevitables, si persisten en desconocer que las enseñanzas de hombres como el Che, Trotsky o Fidel no se agotan en el enfrentamiento de trincheras o en el estrecho perímetro de un escritorio. Esto es así, si nos percatamos a tiempo que las ideas y las prácticas antiimperialistas siguen vigentes, tan frescas y contundentes como cuando fueron originalmente formuladas. Porque la lección definitiva del Che a este respecto es que el antiimperialismo nunca dejará de existir mientras perviva un sistema económico que reduce su accionar al más primitivo de todos los dispositivos imaginables: el poder del rico sobre el pobre. Y no por coincidencia es este dispositivo el que ha movido al sistema mundial desde hace quinientos años. Algo tan sencillo como esto requiere un gran esfuerzo para que la gente lo entienda. Como cuesta entender también que es posible una sociedad diferente. Ese proyecto pedagógico lo tomó la vida a Ernesto Guevara.

LA UTOPIA DEL HOMBRE NUEVO

El Che Guevara era un soñador. Una afirmación como esa puede significar muchas cosas. Podemos estar diciendo que se trataba de un loco o de un iluso. En ambas cosas el hombre sale intacto. ¿Por qué? Porque el loco y el iluso son los únicos capaces muchas veces, de operar los cambios que son requeridos en determinadas situaciones de la vida.

Posiblemente la condición de revolucionario exija de nuestra parte que seamos «iluminados» o «poseos» al mismo tiempo. El Che Guevara creía que era factible una sociedad donde no hubiera explotados ni explotadores, y dio su vida por esa ensoñación. Ahora bien, el asunto no es si este tipo de sueños es válido o no. Tampoco estamos discutiendo si se trata de una idea nueva o vieja. De hecho, de novedoso no tiene nada un ideario como este. Sin embargo, qué agregó Ernesto Guevara al mismo, que lo enriqueció y lo revitalizó suficientemente como para que treinta años después siga conjurando fantasmas, y tenga un poder de invocación tal como para hacernos sentir incómodos y avergonzados de estar vivos en un continente donde la explotación, la humillación y el crimen contra los desposeídos, siguen siendo las condiciones básicas de la vida cotidiana de al menos unos 200 millones de personas.

Guevara encontró el punto justo de articulación entre su época (desgarrada y polarizada por la Guerra Fría), y las posibilidades revolucionarias ofrecidas por el proceso descolonizador que siguiera a la Segunda Guerra Mundial. Aquí habría que aclarar que el Guevarismo no es un Tercermundismo. De haber sido así, su figura no habría ido más allá de los tugurios de ciudades como Caracas o de las fabelas brasileñas. Y aunque el Tercermundismo tampoco significa «lumpenobrerismo»¹¹, para Guevara el auge revolucionario pasaba por el mejoramiento de las oportunidades materiales de los hombres y mujeres de América Latina, antes que la revolución quedara reducida al simple gesto caritativo del guerrillero barbudo y agotado por el acoso de las montañas.

Con Guevara la revolución no suponía, exigía, una entrega total de los hombres y mujeres que fueran a ofrendar su vida por ella. Esa inmolación estaba compuesta por la convicción de que era posible derrotar al imperialismo y a sus testafierros en cualquier parte del mundo donde fuera necesario. Y un ingrediente adicional determinante era que la revolución no se acababa cuando los revolucionarios tomaran el poder. Ese era el momento en que apenas se iniciaba¹². El «hombre nuevo» era un combatiente a tiempo completo. El hombre nuevo creía en la «revolución permanente» y se haría sentir ahí donde se le requiriera.

«El hombre nuevo» sería un ejemplo incuestionable de moral revolucionaria, siempre digno de ser imitado no tanto porque se trataba de un individuo sumiso e irracionalmente manso, sino de hecho por todo lo contrario, porque su espíritu estaría siempre activo en la discusión, en el trabajo voluntario, en las iniciativas y la imaginación que demandaban la lucha por erradicar y sustituir al sistema capitalista por uno más igualitario, justo y humano: el socialismo¹³.

«El hombre nuevo» evitaría las ataduras que lo mantuvieran atascado en un solo campo de batalla. Tendría que estar siempre dispuesto, si así lo postulaba la pelea, a trasladarse de Guatemala a Cuba, de aquí al Congo, a Uruguay a Bolivia... adonde fuera posible pasarle el mensaje educativo a ese tipo de hombre que no se agotara en la factura unidimensional del simple consumidor, o del buen «ciudadano del mundo» que nos quiere recetar la Globalización¹⁴.

«El hombre nuevo» sería esa clase de combatiente que no dudaría, al momento de realizar los trabajos, que las aspiraciones de la revolución le demandaran. Si un instante la

revolución le exigía asumir labores de burócrata estaría bien, y cumpliría con fe y dedicación. Si al minuto siguiente era requisito conducir un tractor en la zafra, también estaría bien.

«El individualismo como tal, como acción única de una persona colocada sola en un medio social, debe desaparecer de Cuba. El individualismo debe ser, en el día de mañana, el aprovechamiento cabal de todo el individuo en beneficio absoluto de una colectividad. Pero aun cuando esto se entienda hoy, aun cuando se comprendan estas cosas que estoy diciendo, y aun cuando todo el mundo esté dispuesto a pensar un poco en el presente, en el pasado y en lo que debe ser el futuro, para cambiar de manera de pensar hay que sufrir profundos cambios interiores, y asistir a profundos cambios exteriores, sobre todo sociales»¹⁵.

Guevara siempre entendió y a partir de ahí así construyó, que para la sociedad socialista el egoísmo es inimaginable. La individualidad solipsista sólo era posible para él, cuando el otro dejaba de existir como persona y finalmente como ser humano. No olvidemos que «el hombre nuevo» es sobre todo otra clase de sujeto social, aquel que ha aprendido a sentir y a pensar intensamente con el otro. No a partir del otro, por el otro o a pesar del otro.

La integridad moral en el socialismo no se mide por la capacidad que tienen los individuos de llevar un registro bien cuidado de sus faltas, sus yerros o sus omisiones. Al tratarse de una nueva clase de moral, los hombres y las mujeres renacidos que producirá el socialismo, apreciarán su nivel de integridad personal cuando experimenten el placer de ver que se crece junto con el otro, no contra el otro.

Las reflexiones que hacía el Che sobre valoraciones ciertas y contundentes de nuestro pasado repleto de omisiones solapadas furtivamente, por la cobardía egoísta que fomentaba y fomenta el capitalismo, eran una invitación no a que nos regodeáramos con ese pasado, sino con particular énfasis a que nos ocupáramos de nuestro futuro. El hombre y la mujer nuevos del socialismo eran personas que en lugar de vivir atosigados por los remordimientos que podría inspirar el pasado, iban a estar plenamente ocupados en construirse un futuro lleno de esperanza, posibilidades y realizaciones. Y así fue como se construyó el socialismo en Cuba.

LA UNICA RESPUESTA CONTRA LA INSOLENCIA DEL IMPERIALISMO: LA VIA ARMADA

Este es el tercer legado del Che Guevara para los hombres y las mujeres que luchan por el socialismo en cualquier parte del mundo. A la violencia del imperialismo sólo se puede responder con la violencia del antiimperialismo.

Marx lo decía con toda claridad: el capitalismo había venido al mundo goteando sangre por todos y cada uno de sus poros. Y los procesos de descolonización que había detonado la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, pusieron en evidencia cuán feroz sería la defensa que opondría la burguesía, para proteger el trabajo gratuito con que la obsequiaban desde la segunda mitad del siglo XIX, los pueblos pobres del llamado Tercer Mundo.

El asunto es que, el sistema mundial se encontró con una nueva realidad al iniciarse la segunda parte del presente siglo¹⁶. La llegada de los pueblos de África, Asia y América Latina al escenario internacional, modificó con profundidad el panorama que se tenía desde 1880, y aún después de 1917. Porque los últimos cincuenta años están bañados en sangre por el imperialismo, son años en los que no hay un centímetro cuadrado de la geografía del planeta donde la insolencia imperialista no se haya dejado sentir. Hablamos del Congo, Argelia, Vietnam, Cuba, República Dominicana, Nicaragua, Granada y Panamá, sólo para mencionar algunos ejemplos.

En todos esos casos, la violencia imperialista siempre encontró un enemigo indiscutible: la violencia de los pueblos indignados por tantos siglos de humillación y oprobio. A este tipo de violencia era a la que se refería el Che cuando menciona que hay que crear tantos Vietnam como es necesario. Su teoría del «foco revolucionario» parecía estar muy cerca de la «enfermedad infantil del comunismo» según indicaba Lenin, es decir, del «ultraizquierdismo». Pero en su momento este tratamiento de la guerra de guerrillas cumplió un propósito específico: hacerle ver a los campesinos y a los obreros del mundo en desarrollo, que era posible una transformación de la sociedad bajo su propia conducción revolucionaria. Por eso es que la teoría del foco carece de sentido sin la metodología de la vanguardia, diseñada por Lenin durante la Revolución Rusa, y por Mao-Tse-Tung durante la Revolución China.

Guevara creía que el partido de los comunistas revolucionarios era esencial para conquistar el poder y retenerlo. Pero el verdadero problema de toda esta situación era la facilidad con que se podía caer en las generalizaciones. Para muchos líderes revolucionarios de la etapa poscolonial (como Nasser en Egipto, o Ben-Behla en Argelia), la condición histórica de excolonias hacía que sus países se asemejaran demasiado. Y ahí precisamente estaba el error, en que si la India de 1947 podía presentar características sociopolíticas muy similares a las que tendría Afganistán durante la invasión soviética de 1980, este tipo de evocaciones no deberían haberse conducido a la generalización de la creencia de que, entonces la guerra de guerrillas iba a parir los mismos resultados. Si la respuesta del campesinado y de la clase obrera cubanos fue óptima en el trayecto del movimiento revolucionario, eso no significaba que una situación ni siquiera remotamente similar se tendría que presentar en Argentina o Bolivia. Pero la teoría del foco sostenía que en este tipo de casos era posible crear la atmósfera indicada. El legado leninista y maoísta aquí fueron fundamentales, puesto que para Guevara, en ausencia de una teoría marxista del partido bien elaborada (no olvidemos que Marx no dejó trabajo teórico concluido sobre la política o el partido), era ineludible acudir a las nociones de vanguardia diseñadas por Lenin, Mao y Ho-Chi-Minh, atendiendo parámetros históricos muy concretos. La teoría del foco revolucionario entonces es una teoría de la vanguardia, y en ese tanto es eminentemente coyuntural.

De esta manera, resulta ridículo seguir acusando al Che de «iluminado». Todo lo contrario, Guevara sabía muy bien el propósito para el que estaba articulando la teoría del foco revolucionario. En un continente repleto de las más detestables dictaduras, el «foquismo» serviría un objetivo básico: en los escenarios urbanos crear tanta violencia obrera y de pequeña burguesía como un capitalismo deficiente y mal desarrollado permitiera. Durante los años sesenta y setenta, Argentina, Perú y Uruguay probaron que el «foquismo» funcionaba, puesto que la guerrilla urbana en estos países siempre encontró obstáculos por parte de la izquierda más conservadora, léase los partidos comunistas. Por esos años, contradecir a los comunistas era estar en lo cierto, cuando se trataba de

Continúa en la contraportada

TOPICOS HUMAN

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
coordinador
Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños



UNA 25

REALIDAD DE EXCELENCIA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Desde un punto de vista nada común en la temática del humanismo, vemos entonces la inserción de un pensamiento político, económico y estético en el eje central de toda convergencia del pensamiento latinoamericano: el problema de la identidad hace presencia suya la encarnación del héroe como imagen de una liberación entusiasta en un esfuerzo antropológico para irradiar desde la oscuridad en la que presenciamos el humanismo y su reificación de la realidad y su reflejo ideológico en la moda, en el uso de la imagen y hasta comparaciones bíblicas: es el protagonismo de un hombre aislado por determinismos históricos y amenazado en la mostración de que mediante la fuerza armada liberará aquella opresión por un siglo contaminado por las guerras sordas del imperialismo. Esta huella marca decenios de usurpaciones que a la larga se suman a la desesperada carrera de un rebelde, producto de la época. Puede pensar el lector en *Ariel* de Rodó, el *Facundo*, o el *Diario* de Guevara, o *Nuestra América* de Martí. Obra y hombre han sido compulsados por tendencias estructurales para mostrar el lado oscuro de nuestra ansiada identidad, ese territorio de lo inefable. Si se justifica -como en otros tiempos- la guerra armada en una situación dada y en la coyuntura de los años en que se llevan a cabo las rebeliones de corte estudiantil, se ha creado una situación de conflicto y compromiso en que los medios de producción son esenciales en la comprensión del hombre nuevo.

Su pensar vigoriza a los inspirados trabajadores de la imagen, así como al protagonismo heroico deshaciéndose en cenizas.

Los muertos, como en las ficciones literarias, no mueren y no descansan en el arduo trabajo de reivindicarse su derecho a existir. Sea esta una hora de convergencia ante la misión de su mundo abierta a la ventana de un pensamiento único y al héroe caído en combate. Debemos pensar en la iconografía que se ha venido gestando, tal vez para oscurecer o aclarar lo que se ha dicho expresamente sobre él en un momento determinado.

Esta condición solo nos permite entrar en un nuevo planteamiento de que solo una visión atinente en las etapas hacia futuros reveladores, el destino y la circunstancia en la radiante crueldad de un sacrificado por remover cimientos fundantes de la realidad real. Las palabras sobrepasan los hechos.

Gerardo César Hurtado O.